

Buscando un camino para la paz

Deia, 1983-01-11.

Herria 2000 Eliza está invitando a una reflexión escrita acerca de la *oportunidad* actual y las *condiciones* de una posible *Paz negociada con ETA*.

ETA no son todos los vascos, claro, pero sus integrantes sí son vascos, y, más, dicen representar los intereses del *pueblo vasco*.

Vamos entonces a contar globalmente con él para el objeto de esta reflexión. Recordemos que aquí está en juego un siniestro balance de muertos, secuestrados, torturados y encarcelados; muchísimas veces inocentes; y justificados por las partes como la dinámica a que obliga una vieja violencia que sigue su terrible camino de dolor obcecado y ciego. Aquí cuenta, creo yo, el factor inicial de que cada parte implicada integra dos sectores extremos: los que buscan una solución la más democrática posible, por un lado; y, por otro, aquellos que retroceden al espíritu del Alzamiento militar de 1936 para reclamar el *escarmiento* de costumbre, y los que exigen radicalmente con las armas una ideal *ruptura total* con el franquismo y el espíritu reformista que le ha seguido.

Así se da esta lucha armada de ETA, no sólo contra los sectores intolerantes del régimen, sino también sus instituciones y las entidades económicas, y también contra los hombres de empresa vascos a los que exige un "impuesto revolucionario" bajo la amenaza de secuestro que se ha cumplido en repetidas ocasiones, algunas de las cuales han terminado en asesinato; y desde antes de su aparición se ha venido padeciendo en el tiempo una persecución policial desalmada al servicio de una justicia que se ha salido del marco de sus fueros para llegar a las arbitrariedades en las detenciones, las condenas y las torturas que también más de una vez han terminado en crímenes, y en nombre de la ley del que manda.

Todo este horror de años, y aún sin perspectivas policiales ni otras de *imponer* la paz.

Además de que esta paz impuesta así de nada serviría.

La paz civil de un Estado, si no es aceptado con el espíritu de una justicia compartida en los mínimos suficientes, no sirve ni de simple tregua; para que sea real y dure, la paz tiene que ser apta para desarmar los espíritus en conflicto, tanto en los grupos como en los hombres que los integran.

Es evidente que para hacer posible esta aceptación se tienen que producir renunciaciones de parte y parte.

Y como fruto de un diálogo.

Un diálogo que acaso es posible hoy.

Es cierto que estamos hablando de un instrumento ya mellado y hasta roto con el cual se ha fracasado aquí y allí muchas veces; pero como la paz no es un bien al que podemos renunciar, estamos obligados a volver a ensayar el diálogo; sobre todo en estas

nuevas circunstancias que parecen favorables. Me refiero a este nuevo, o, mejor, novedoso, espíritu de *cambio* que se ha comenzado a respirar. Parece estar gestándose un clima, si no de *ruptura*, sí de un auténtico cambio en *los hombres*, que ya ha comenzado a producirse, y en *los métodos*, que aún están por demostrar los socialistas en nuestro país, pero que puede llegar a lograr resultados si existe la voluntad y una cierta decisión capaz de comprometer lealmente a las dos partes: a ETA por un lado, y a una representación del Estado que sea capaz de dejar a salvo la alta dignidad del Estado mismo y con la señal, la *condición previa*, de un plazo adecuado que permita demostrar su disposición a respetar un mínimo de condiciones.

Y aquí, a mi juicio, como vasco, parecen legítimas dos:

1. ETA tiene que reconocer que la gran mayoría de nuestro pueblo ha optado por defender sus derechos a través de la vía pacífica, democrática y constitucional: lo posible; sin por esto renunciar a sus derechos históricos, a la presencia democrática de *Navarra* en el cuerpo político de Euskalerría y a su legítimo derecho a la autodeterminación.

2. Son las instituciones democráticas que se han dado los vascos las que tienen que constituir el marco en el que deben actuar las fuerzas políticas que respaldan el programa político de ETA, y con la garantía de libertad, y a la vez de responsabilidad, de luchar democráticamente por el desarrollo de sus ideas.

Todas las metas políticas son legítimas si se persiguen democráticamente en régimen de libertad.

Pero ningún grupo ni persona, por respetables y valientes que sean, tienen el monopolio del patriotismo en este País.